

MENSAJE NAVIDEÑO del Arzobispo de Corrientes

Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

25 de diciembre de 2004.

Juan 1, 1-18

1.- Proclamar a Jesucristo. Hoy, con más fuerza y convicción que nunca, debemos proclamar a Jesucristo. La Verdad no necesita defensores sino expositores y testigos. El Evangelista San Juan redacta un prólogo admirable en su texto inspirado. En él afirma: “ *y la Palabra era Dios*”^[1], desde siempre y para siempre. Juan Bautista, mencionado por el Apóstol Juan, no constituía más que un simple y acreditado testigo de su presencia entre los hombres: “*Apareció un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino el testigo de la luz*”^[2]. Los cristianos, conscientes de su pertenencia a Cristo y constituyendo con Él un solo Cuerpo, son los actuales testigos de esa Luz, expresada como Palabra, encarnada en nuestra naturaleza humana. Navidad es celebración de esa Palabra que: “*Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a quienes la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios*”^[3]. Somos observadores sorprendidos de numerosos bautizados que, por ignorancia o perversidad, rechazan al Dios encarnado y al no lograr su destrucción intentan eliminar a sus testigos.

2.- Apuntan a Cristo. Ya se ha hablado con suficiente claridad y se han escuchado réplicas incalificables. Es la hora del *testimonio* y de una palabra certera y desapasionada. Al “*final de la jornada*” todos seremos juzgados por el amor. Existe el precepto evangélico que insta a que amemos a quienes no nos aman y bendigamos a quienes nos maldicen. La digestión de este mandato del Señor resulta trabajosa. Sin embargo no parece haber otra alternativa evangélica que el amor y la humilde súplica por quienes nos agreden y hostigan. Pero más allá de este incuestionable principio de la moral cristiana está el mandato, que no contradice ni debe contradecir al precepto de la caridad, de anunciar a Jesús como Salvador y ofrecer su palabra como norma de vida. Sin duda el objetivo, quizás impensado, de los ataques contra la Iglesia es Jesucristo. El que molesta es Él. Sus seguidores son pobres metas inmediatas, más al alcance de los ataques bajos que su Señor y Maestro. El enfermo se niega a ser curado, el endemoniado a ser exorcizado por Quien tiene el verdadero poder de lograrlo. Es lógico que ocurra así; se ha producido una identificación explícita entre Jesús y sus discípulos: “*Si el mundo los odia sepan que antes me ha odiado a mí. Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya. Pero como no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué del él, el mundo los odia*”^[4].

3.- Acontecimiento ignorado por quienes lo celebran. El “*mundo*” del que Cristo habla con frecuencia está dominado por el pecado. El nacimiento del Niño Dios es la irrupción de su presencia en ese mundo, no para dejarse dominar por él sino para dominarlo. La trama del mal ha enredado a los hombres y el Hijo divino encarnado los recupera sacándolos de esa red tupida y humanamente irrompible. Celebramos ese acontecimiento ignorado por una amplia mayoría de quienes lo celebran. Contemplación incrédula del Pesebre o su reemplazo por un níveo y fantasioso árbol. ¿Qué significa detener la vida y festejar lo desconocido? ¿Por qué institucionalizar el gran acontecimiento sin entrar efectivamente en él? Estamos acosados de incoherencias y enfermos de hipocresía. Necesitamos ser de verdad lo que misteriosamente se ha cumplido en nuestro lejano y olvidado Bautismo. Requerirá nuestro personal esfuerzo, iniciado en un encuentro real con Quien nos sigue llamando a la conversión.

4.- Maliciosa lectura de los mensajes. Quiero hacer llegar a quienes leen con rectitud de intención mis alocuciones dominicales el verdadero mensaje de la Navidad. Creo injusto que me consideren detrás de todo enjuague político, inspirador desde las sombras de iniciativas tendientes a plantar banderillas sobre el lomo de cualquier funcionario. Reclamo mis derechos de Pastor, deudor del Evangelio a mi pueblo, que intenta observar la realidad compleja de la vida moderna e iluminarla

desde la fe. Mi intención es proclamar la vigencia de Jesucristo – “*Camino, Verdad y Vida*” – y recordar a los bautizados la grave responsabilidad de vivir cristianamente, cualquiera sea la misión temporal que les toque desempeñar. Eso no es meterse en política o constituirse en referente obligado para todo proyecto de partidaria gravitación. Quiero anunciarles a Cristo recién nacido y, desde entonces, revelador del misterio de la vida como don intangible e indeformable de Dios. Hace 49 años que ejerzo, como sacerdote, el ministerio de presentar a Jesús como Señor y Salvador. De ellos, 26 años lo he ejercido como Obispo. No recuerdo haberme salido de ese sendero, abierto y recorrido por el mismo Jesús y sus Apóstoles.

5.- **Sociedad enferma.** Celebremos la Navidad. Hagamos que Cristo nazca en nuestros sentimientos y aspiraciones. Que su presencia balsámica suavice el dolor de quienes han sufrido la trágica pérdida de vidas jóvenes en extrañas y reiteradas acciones suicidas. Que toda la sociedad examine el estado de su salud psíquica y espiritual y no reclame de personas e instituciones exclusivas una solución que debe empeñar el esfuerzo responsable de todos. La enfermedad que eclosiona en esos trágicos acontecimientos está pública e irresponsablemente promocionada por el espectáculo de la violencia, del sexo indiscriminado, del desprecio a la vida, de la frivolidad asfixiante, de la baratura de contenidos intelectuales y culturales que se transmiten sin normas éticas, de la proliferación de la droga, del alcohol y de la delincuencia. ¡Feo espectáculo! De un realismo doloroso e innegable. Debemos celebrar la Navidad más acá y más allá de las reuniones festivas, incluidas las religiosas, y hacer que Jesús, desde los brazos virginales de su Madre, venga a nuestra vida y la ordene en el bien y en la verdad. ¡ FELIZ NAVIDAD !

[1]

Juan 1, 1.

[2]

Juan 1, 6-8.

[3]

Juan 1, 11-12.

[4]

Juan 15, 18-19.

[Volver](#)